

imperfecciones del carácter salen fuera unas detrás de otras, rápidamente; experimentamos por primera vez su mal humor; vemos brillar relámpagos de malicia en sus ojos; oímos en su voz movimientos hostiles del alma, nos sorprendemos en sus primeras contradicciones, y todo aquello que perdonamos fácilmente á otros amigos, nos parece enorme é insoponible en él porque ha caído desde lo alto de una bella ilusión. ¡Ah, impostor! Es otro hombre, pues; hemos sido burlados y engañados. Y naturalmente, viéndonos cambiar aire y maneras, él piensa de nosotros lo mismo.

En poco tiempo llegamos á estar recelosos el uno del otro como dos personas que hubieran cometido juntas alguna acción reprehensible, y si nos separamos otra vez, la correspondencia epistolar no se reanuda más; hemos corrido á su encuentro con demasiado ímpetu y al chocar, hemos roto en pedazos la amistad.

*
* * *

Pero nada apaga tanto el ardor epistolar como volver á leer algunas antiguas cartas.

Escarbando entre las cartas de años anteriores, encontramos, alguna vez, la correspondencia que tuvo con nosotros un amigo en un período dado de tiempo; un haz de cartas llenas de protestas de cariño, de confidencias, de entusiasmo, las cuales nos recuerdan las nuestras no ménos apasionadas que se nos han olvidado despues de tantos años.

¡Pobres afectos humanos!

Es triste ver toda aquella expansion de amistad de que no existen ya huellas.

¿Por qué ha cesado la correspondencia?

¿Quién se acuerda de ello?

Murió poco á poco, por consuncion, y el amigo se ha borrado al mismo tiempo del corazon y de la memoria.

No se consigue ya comprender de dónde nace todo

aquel afecto que sentíamos por él, y nos avergonzamos de haberlo derrochado de aquella manera.

Nos avergonzamos todavía más cuando el amigo, como sucede alguna vez, se ha hecho indiferente ó antipático y con una sonrisa sardónica, pone á nuestra vista, despues de muchos años, las cartas entusiastas que ha recibido de nosotros.

Queriendo ocultar un poco el rubor que asoma al semblante, recorremos aquellas páginas curiosamente, como haríamos con las memorias de un muerto, y sentimos un escalofrío al pensar que llegará acaso un día, en el cual nos producirán el mismo efecto las cartas que escribimos á nuestros más queridos amigos de hoy.

¡Cómo quedamos humillados de nuestra propia mutabilidad, desconfiados de nuestros propios afectos, y cómo se jura en aquel momento refrenar la pluma para siempre!



Y, sin embargo, á despecho de todos estos propósitos, cuando nos sobreviene una gran desgracia, ó cuando un conjunto de circunstancias favorables nos hace experimentar por un día la ilusion de ser felices, ó cuando nos mueve un vivo impulso de simpatía y de gratitud, derramamos casi siempre el alma en una carta á un amigo, sin límites y sin temores, como hacíamos de jóvenes.

Mientras más nos contenemos ordinariamente, es mayor el ímpetu con que nos dejamos ir en aquellas ocasiones.

Es una necesidad irresistible escribir alguna vez todas aquellas cosas que no se dicen nunca, que se tienen como escondidas en los pliegues de la conversacion, ó porque no hay tiempo al hablar, de encontrar la frase delicada y propia que las exprese, ó porque la mirada del amigo nos cohibe. Y estas cartas nos dejan casi siempre con una especie de alivio en el alma, como si hubiésemos cum-

plido un deber, como si con aquel acto de franqueza y de confidencial abandono del corazón, hubiésemos purgado nuestra conciencia de lo que hay de mezquino y de innoble en la continua reserva sospechosa con la que solemos escribir ó hablar todos los días?

Alguna de estas cartas las recordamos con placer, como una poesía, como un aria de música, que nos trae á la memoria un dichoso día de nuestra vida, un estado de ánimo, un orden de ideas, por el cual pasamos, y que hubiéramos olvidado quizá, sinó lo hubiéramos fijado en la mente con la pluma.

Otras evocamos que nos causan alegría, porque fueron una revelación espontánea de las mejores cualidades de nuestro carácter, á las cuales debemos la estimación y la simpatía de las personas que nos aprecian y nos quieren.

Otras quedan como un alivio de la conciencia, durante toda la vida, porque fueron la confesión y la expiación espontánea de una falta, un acto de justicia y de generosidad que el orgullo nos hubiera impedido cumplir de palabra frente al amigo á quien habíamos ofendido.

¿Qué importa si alguna de estas cartas cae en malas manos?

Haciéndonos insistir una hora más, en un pensamiento delicado, y sentir un poco más viva con el trabajo de expresarla, una emoción noble y generosa, nos lo han compensado bastante.



A muchos de nosotros nos ha sucedido, repasando antiguos papeles de familia, encontrar un paquete de cartas amarillentas y llenas de polvo, atadas cuidadosamente con una cinta, colocadas por órden de fechas.

Las hemos hojeado... eran las cartas que escribió un antiguo amigo, por espacio de treinta años, á nuestro padre, muerto desde hace tiempo.

Se escribían periódicamente, cada tantos meses; se consultaban recíprocamente sobre asuntos de interés, se daban minuciosas noticias de las respectivas familias, se aconsejaban, se consolaban en los momentos difíciles.

Repasando aquellas hojas encontramos pasajes que nos explican ciertos acontecimientos de nuestra familia, de los cuales, cuando muchachos no habíamos comprendido la razón; alusiones á estrecheces y á sacrificios que no habíamos nunca sospechado; dolores que nuestro padre nos ha llamado siempre.

Atraídos por aquella lectura, hemos avanzado en ella con curiosidad cada vez más viva, y no sin emoción.

Pasan los años; encontramos palabras de pésame, una señal de respuesta á un anuncio dado por nuestro viejo, de los primeros síntomas del mal que lo condujo al sepulcro.

Un año despues es el amigo mismo quien habla de presentimiento de su fin no lejano.

Las cartas se hacen cada vez más tristes y se comprende que contestan á otras semejantes; los caracteres se hacen más inseguros, pero hay siempre el mismo afecto, cada día más expresivo, demostrado con palabras de consuelo y de esperanza, con evocaciones de antiguas memorias, con alusiones á muchos años pasados, á dolores sufridos, á pruebas de amistad dadas y recibidas de ambos.

De repente llegamos á la última hoja que contiene el postrer adiós, y la lectura que comenzamos sonriendo, termina con lágrimas.

Y de aquellas cartas recibimos en el alma un perfume de amistad sano y vivificador que nos hace tomar en seguida la pluma para mandar un saludo fraternal á algun buen amigo ausente!

